

Neoliberalismo en América latina: secuencias, luchas, instituciones

Por Verónica Gago

El neoliberalismo se impone una y otra vez como palabra-llave, aun siempre abierta e inevitable de nuestra actualidad. Tan difusa como omnipresente, no dejamos de hablar del modo en que neoliberalismo y conservadorismo e incluso neoliberalismo y fascismo, se traman en escenarios como el de los años recientes en Brasil (y se trazan comparaciones en esta línea con la situación de Estados Unidos y algunos países de Europa). Pero también del neoliberalismo puro y duro que vimos suceder en Argentina, en Perú y en Chile; de las crisis que sacuden dramáticamente a Nicaragua y Venezuela y de la deriva de lo que sucede en Bolivia y Ecuador. Además, no podemos dejar de señalar el modo en que el movimiento feminista discute y confronta con el neoliberalismo de un modo novedoso y radical.

Se trata de un mapa que pone en extrema tensión la temporalidad más amplia de las luchas, el llamado ciclo de gobiernos progresistas y su articulación con el neoliberalismo para hablar de este nuevo siglo. Mi argumento es que esto complejiza la idea de una “vuelta” del neoliberalismo como si hubiese tenido una momentánea desaparición en la región y al mismo tiempo plantea el problema de su reconfiguración a partir de una lógica extractiva (lo cual comprende a los países de la región más allá del signo de sus gobiernos); y, finalmente, nos abre al debate de su arraigamiento en las clases populares, entendidas clásicamente sólo como sus víctimas, volviendo supuestamente “incomprensibles” las derivas electorales que consagran por mayoría opciones neoliberales (y renuevan el locus de la “traición” del pueblo).

Propongo hacer esta cartografía de problemas alrededor de los usos del neoliberalismo como concepto analítico y político en nuestra región a partir de tres ejes:

1. El problema de la **temporalidad**: ¿Cómo se lee la secuencia del neoliberalismo en América Latina? ¿Qué tipo de continuidades y rupturas organiza y cómo se las comprende según la noción de neoliberalismo que ponemos en marcha?

2. El problema de la **subjectivación**: ¿Cuáles son las racionalidades que lo confrontan, lo padecen, lo apropian y cómo han intervenido las crisis de principio de siglo pusieron en jaque la legitimidad política del neoliberalismo?
3. El problema de la **lógica extractiva del capital**: cómo se articulan diferentes territorios de extracción de valor hacia una noción que llamamos de “extractivismo ampliado” (Gago y Mezzadra, 2015 y 2018).

La proliferación del debate

En los últimos años, una prolífica producción teórica ha tomado con fuerza la circunvalación de la pregunta por el *neoliberalismo*. Buena parte de ella lo hace siguiendo la traza abierta por la teorización de Michel Foucault en sus ahora famosos seminarios del Collège de France. Otra vertiente lo practica tratando de actualizar conceptos de Marx para, desde allí, pensar la especificidad neoliberal y, en particular, las nuevas dinámicas imperiales (Harvey 2005). También hay un cruce: Foucault con Marx e incluso Foucault desde Gilles Deleuze y Max Weber (Negri 2014; Chignola 2018). Hay una vertiente de la teoría en clave feminista que analiza el neoliberalismo más reciente vinculado al modo que resucita cuestiones de valores morales, religiosos y familiares (Rolnik, S., 2019; Brown, W., 2017; Cooper, M. 2017).

Las conexiones para definir al neoliberalismo se multiplican porque iluminan preocupaciones políticas precisas y señalan algo que lo caracteriza de modo inquietante: su capacidad tanto de mutación como de persistencia.

Como principio de método *y como perspectiva desde América latina, subrayo la emergencia del neoliberalismo como respuesta a ciertas luchas*. Esa es la clave de temporalización que me interesa poner en primer plano y que quiero llevar para pensar sus efectos coyunturales. Con esto quisiera señalar mi énfasis: considero que hay que ir más allá de caracterizar al neoliberalismo como un proyecto originado en *think tanks* (los famosos encuentros de Mont Pelerin: Mirowski & Plehwe, 2009), o en la política unilateral de shock de Estados Unidos (el shock de Volcker tal como lo explica Naomi Klein, 2007), como el efecto de las tensiones entre los economistas de la escuela de Chicago y

los ordoliberales alemanes (como lo postulan Dardot y Laval, 2013), o basado en los esfuerzos de las instituciones financieras para afirmar su primacía en el orden capitalista (como argumentan Duménil y Lévy, 2004).

Me parece fundamental subrayar otro aspecto del neoliberalismo: reponer la dimensión de la ambivalencia y el antagonismo con que se lo enfrenta, se lo padece, se lo apropia, y se lo arruina. En este sentido, una vía de entrada al problema es ver cómo se anuda la acumulación del capital, la constitución de la fuerza de trabajo con una noción operativa de conflicto, capaz de estar a la altura de las dinámicas de despliegue de la gubernamentalidad neoliberal (Gago 2014). Me interesa pensar *contra* la idea de que el neoliberalismo logra eliminar todo tipo de antagonismo porque es exitosa en producir como sinónimos vida y capital. Por eso, la pregunta es más bien qué formas toma el antagonismo en el neoliberalismo.

En términos históricos, en América latina el neoliberalismo es un régimen de existencia de lo social y un modo del mando político instalado regionalmente a partir de las dictaduras, es decir, con la masacre estatal y paraestatal de la insurgencia popular y armada, y consolidado en las décadas siguientes a partir de gruesas reformas estructurales, según la lógica de ajuste de políticas globales. Sin dudas, desde la década del 70, nuestro continente ha sido un lugar de experimentación para esas modificaciones impulsadas “desde arriba”, por organismos financieros internacionales, corporaciones y gobiernos.

Si Chile es la vanguardia impulsada por los Chicago Boys con el golpe militar contra Allende, Argentina es su perfeccionamiento en términos de terrorismo de Estado como plan sistemático, Perú es el laboratorio ideológico que anticipa otro tipo de conceptualización doctrinaria aun si con las mismas fuentes: la teorización impulsada por Hernando De Soto y su cobijo de simposios sobre neoliberalismo que trajeron a América latina a los doctrinarios Hayek y Friedman en 1979 y 1981 son momentos clave.

Las transiciones democráticas se organizan sobre ese marco impuesto por las dictaduras que posibilita las recetas ortodoxas de los años 90. En Argentina, diría que el fin de la dictadura, o el origen de la posdictadura, lo marca recién la crisis de 2001. Ligada a una secuencia continental de levantamientos anti-neoliberales,

aquella crisis fue capaz de impugnar la legitimidad política del neoliberalismo. Entonces: desde América Latina *hay que completar a Foucault* partiendo de las dictaduras que vinieron a reprimir un ciclo de luchas obreras, barriales y estudiantiles y luego pensar genealógicamente las revueltas de la última década y anclar allí la crítica al neoliberalismo como modo de poder, de desposesión y de subjetivación. Y agregar el modo en que el movimiento feminista (en toda su multiplicidad) ha reabierto el debate y la confrontación con el neoliberalismo desde nuevos términos a partir de sus masivas movilizaciones en los últimos años.

Lo que impulsa, sin dudas, este amplio debate tiene que ver con la urgencia de comprender la singularidad de un régimen de gobierno que se caracteriza por su *polimorfismo*: es decir, por la capacidad de asumir la heterogeneidad como núcleo de su modo de acumulación global. Tal polimorfismo se expresa también en términos de dinámica normativa y de subjetivación política.

Investigar el neoliberalismo en América latina

La investigación que desarrollo en mi libro “La razón neoliberal” tuvo como apuesta abrir un debate justo cuando desde ciertas definiciones de la coyuntura –ligadas al ciclo de los llamados gobiernos progresistas en la región– se argumentaba que el neoliberalismo era algo del pasado, asociado estrictamente a la década del 90. Ese fue un primer movimiento: discutir la noción misma de neoliberalismo, el modo de historizarlo en nuestra región, de profundizar debates teóricos y de trazar genealogías desde las luchas, a fin de confrontar la idea de que neoliberalismo es sinónimo de mercado y que lo opuesto es la intervención del Estado. Me parecía claro, a partir de la investigación concreta que realicé durante muchos años, que esa fórmula (Estado vs. mercado) simplificaba tanto el rol del Estado en el neoliberalismo como la noción misma de mercado, como una imagen abstracta y grandilocuente. Y sobre todo, bloqueaba pensar cómo el neoliberalismo no viene sólo “desde arriba” (gobiernos, corporaciones y organismos internacionales), sino que se hace persistente justamente porque logra leer y capturar (es decir, expropiar) tramas vitales que operan produciendo valor, inventando recursos donde no los hay, reponiendo infraestructura popular ante el despojo y creando modos de vida que exceden las fronteras del capital. Desde las economías populares en las que situé mi trabajo surge entonces la

conceptualización de un “neoliberalismo desde abajo”. Argumento que el neoliberalismo va metamorfoseándose y de ahí su astucia: logra redefinirse a partir de sus aterrizajes y ensambles con situaciones concretas.

En nuestra región esas situaciones concretas son los territorios en los cuales se cocinó la revuelta plebeya contra la legitimidad política del neoliberalismo en las crisis de los inicios de los 2000 a la que me refería. Ahí hay una singularidad porque son esas situaciones donde la exigencia popular abre una temporalidad de revuelta que luego se mixtura con un intento de reconocimiento y estabilización por arriba. Son estas “economías barrocas”, como las llamo, las que obligan a pluralizar el neoliberalismo más allá de sus rasgos más conocidos (privatizaciones, desregulación, mercantilización, etc.). En este sentido, el “neoliberalismo desde abajo” se revela simultáneamente como un campo de ambivalencia y de batalla que no da por realizada la hegemonía del neoliberalismo, en el sentido que no acepta su hegemonía plena pero tampoco otorga a las políticas neodesarrollistas y estatistas la aptitud para sustituirla. Aquí sitúo claramente una perspectiva que mira hacia “abajo” para encontrar aquello que antagoniza, y que arruina, malogra y/o confronta esa pretendida hegemonía, sin por eso tener un programa “anti-capitalista” en términos puros o precisos pero que no abandona la lucha “contra” los modos de expropiación del capital. Esa zona del “entre”, abigarrada y promiscua, es la que me interesa poner de relieve.

La inclusión a través de las finanzas

Consideraré este debate como fundamental—y este es el segundo movimiento en el que se inscribe el libro-investigación— porque estaba a la base de la discusión de aquel momento en nuestra región como “posneoliberal”. A mí, más que una posición a favor o en contra de los gobiernos en cuestión, lo que me interesaba era desentrañar cómo la articulación entre revuelta plebeya, gobierno progresista y financierización de la vida popular conformaron un paisaje donde la producción de derechos y la inclusión social se realiza a través de la mediación financiera como dispositivo privilegiado. Pero sobre todo marcar un antecedente: las finanzas pueden pensarse como un sistema oportunista de lectura de intercambios productivos por abajo originados al calor de la crisis. Lo que estas finanzas leen e intentan capturar es la dinámica de sujetos ligados a la estructuración de nuevas

formas laborales, emprendedoras, autogestivas que surgen en los sectores pobres en paralelo a su condena como poblaciones sobrantes o excedentes. Las finanzas bajan. Si la proliferación del neoliberalismo por abajo se fortalece con un flujo dinerario que organiza todo un sistema de finanzas populares, hay que pensar también ciertas distinciones al interior de esos flujos. Por un lado, las finanzas que circulan por abajo y que nutren un sistema dinerario capaz de solventar ciertas iniciativas y, por otro, la financierización impulsada desde arriba hacia abajo a través de determinados organismos estatales, bancarios y financieros no bancarios. Lo que nos interesará es justamente la lógica conflictiva de ensamblaje que ambas dinámicas despliegan, porque en ella emerge la pregunta por la producción de las subjetividades, como terreno de disputas, que el capital intenta imponer como relación social.

Esto se da en un contexto donde el salario deja de ser la garantía privilegiada del endeudamiento, para ser reemplazado por el subsidio, que pasa a funcionar como garantía estatal para la toma de crédito de poblaciones no asalariadas. Así, la mediación financiera toma como dispositivo predilecto el endeudamiento masivo, que se vehiculiza a través de los mismos subsidios sociales que el Estado entrega a los llamados “sectores vulnerables” (Gago 2015). El consumo de bienes no durables y baratos –principal destino del crédito– fue el motor del endeudamiento en Argentina en la última década, promoviendo lo que llamé “ciudadanía por consumo”: una reformulación de esa institución ya no ligada al anudamiento de derechos en relación al trabajo asalariado, sino a la “inclusión bancaria”. Las finanzas organizan así una extracción de valor directamente del consumo, siendo clave de una forma ampliada de “extractivismo”, sobre la que me extenderé luego (Gago y Mezzadra 2017; Gago 2018).

Es importante no tener una perspectiva unilateral ni moralizante de esta financierización de las economías populares que implica simultáneamente una financierización de los hogares y del acceso a los bienes, de un modo que marca un cambio histórico: adquisición de deuda “saltando” la forma salario. El modo de tener otra lectura del fenómeno es evidenciar que las finanzas se “aterizan” en economías surgidas de los momentos de crisis, nutridas por las modalidades de autogestión y trabajo sin patrón, y explotan las formas en que las tramas subalternas reproducen la vida de un modo que no puede simplemente reducirse a la “sobrevivencia”. Quisiera subrayar que la dimensión *política* de las economías

populares tiene que ver con la politización de la reproducción y con el rechazo a la gestión miserabilista de sus actividades, que tiene su “origen” en la crisis que en 2001 destituyó la legitimidad política del neoliberalismo en nuestro país que señaló como hito clave. Es esa politización lo que *leen y traducen las finanzas como potencia a explotar*. Así, una multiplicidad de esfuerzos, ahorros y economías “se ponen a trabajar” para las finanzas. Esto significa que las finanzas se vuelven un código que logra homogeneizar esa pluralidad de actividades, fuentes de ingresos, expectativas y temporalidades.

Desde el análisis de esta trama histórica, económica, social y política he propuesto la noción de “neoliberalismo desde abajo”, ya que nos permite reabrir la problematización de las prácticas populares y su relación con un horizonte de conflictividades y luchas que se disuelven como perspectiva en los análisis que ahora sólo entienden las derrotas electorales de modo moralizador (con argumentos progresistas paternalistas, i.e.: “los pobres no reconocen los beneficios que obtuvieron”) o simplemente de fatalismo corporativo (lamentando que la autonomía de la política finalmente no puede contra poderes fácticos como los medios de comunicación, las empresas, etc.). Con esto también quiero decir que plantear el período de los populismos progresistas como un paréntesis donde el neoliberalismo quedó en suspenso es tan ingenuo como políticamente complicado: esconde y bloquea el análisis material de cómo se reconfiguró la reproducción de la vida para las mayorías, desproblematizando por completo la cualidad de la “inclusión social” que se impulsó a través de los dispositivos financieros.

Sin embargo, no se trata de la tesis de la economización de todas las esferas de la vida social (Brown, 2015). Más bien, considero que la crítica al neoliberalismo se debilita cuando se lo considera como no político o como un modo de secuestro de la política por el mercado. Porque bajo esta idea de política, quedan anulados los momentos propiamente políticos del neoliberalismo y, en particular, quedan desconocidas las “operaciones del capital” (Mezzadra y Neilson 2019) en su eficacia inmediatamente política: es decir, en tanto construcción de normativa y espacialidad como en tanto producción de subjetividad. En relación a esto, me parece fundamental pensar en las prácticas políticas capaces de cuestionar el neoliberalismo sin considerarlo como “lo otro” de la política. Si tiene algo de desafiante y complejo el neoliberalismo es que su constitución

es *ya* directamente política y en tanto tal se lo puede entender como campo de batalla.

El fin del posneoliberalismo

Estos debates y procesos tienen fuerte repercusión en el día de hoy: son claves para entender lo que se llamó el “giro a la derecha” en la región y al modo en que se articularon neodesarrollismo y neoextractivismo, relanzando la acumulación de capital a través de la inserción subordinada de nuestros países en el mercado global. Me parece que sin cuestionar los modos en que la inclusión se produjo a través de los dispositivos financieros y en particular la articulación entre subsidio estatal y endeudamiento para consumo, no terminamos de dimensionar el modo de “desarrollo” que se postuló en la última década, inherente a una articulación con el mercado global de tipo neo-extractiva (en el sentido amplio al que me refiero) y a los patrones de consumo que se nos impusieron. Sobre esto podemos pensar en concreto cómo ha mutado la inclusión financiera a partir del gobierno de la Alianza Cambiemos en Argentina (2015-2019). Porque la clave del endeudamiento a los sectores populares es un hilo de continuidad que permite pensar incluso la discontinuidad entre los signos políticos de los gobiernos más allá de los simplismos neoliberalismo/anti-neoliberalismo. En el último período, las ofertas de endeudamiento privado se multiplicaron. Este endeudamiento popular y masivo, a diferencia del momento del kirchnerismo, se produce en un contexto de ajuste y de crisis. La inflación creciente convierte los subsidios del estado en un ingreso con cada vez menos capacidad adquisitiva pero con mayor utilidad en términos de garantía estatal para operar frente a los bancos. En la misma saga, hay que notar la profundización de la bancarización compulsiva en términos de “inclusión financiera”, que tiene como contrapartida la criminalización de ciertas economías populares que no se bancaricen. La tendencia a destinar los ingresos e incluso los préstamos a la compra de alimentos es mayoritaria, siendo clave del nuevo ciclo de endeudamiento. La financierización se profundiza al punto que el endeudamiento es la forma privada de gestión de la pobreza y el ajuste, ofreciéndose el crédito como plataforma individual de resolución del consumo de alimentos y los servicios esenciales. Queda planteada la pregunta por el modo en que la bancarización compulsiva operó desde hace una década individualizando y financierizando la relación con

los subsidios estatales que fueron fuente de organización comunitaria en y durante la crisis y cómo esa bancarización sigue profundizándose en el contexto de creciente inflación y pobreza.

El eje de las finanzas conecta de manera central con la producción de subjetividad que remarcábamos al inicio de este texto y relanza preguntas clave por la forma en que disputan la realización de ciertas formas de prosperidad popular en el contexto de despojos de infraestructuras públicas.

Extractivismo ampliado

Es necesario teorizar en simultáneo el extractivismo como una lógica de valorización y como un mecanismo político (y no sólo económico) de constitución de las relaciones capitalistas en su permanente mutación. Esto hace funcionar la lógica extractiva como un lente de análisis de los modos en que se conectan escalas, intensidades y temporalidades variables en relación a los modos de valorización del presente, en sus implicaciones materiales, subjetivas, geográficas y virtuales. Esto necesariamente *amplía* la noción de extractivismo. La argumentación de fondo que subyace es una hipótesis: que la lógica *extractiva* se ha vuelto un modo privilegiado de producción de valor en la fase de acumulación actual, donde las finanzas tienen un papel ejemplar (como *prototipo* y como *código*), y que es esta lógica la que permite actualizar la noción misma de explotación. En la actualidad, las actividades extractivas se han ampliado más allá de la extracción de minerales, gases e hidrocarburos, caracterizando en particular las nuevas fronteras del *agrobusiness* (el ejemplo más notable es el de un cultivo como la soja pero hay otros también importante y menos conocidos como la palma aceitera).

Sin embargo, el desplazamiento de la frontera extractiva se efectúa hacia otras dinámicas sociales, políticas y económicas que no tienen sólo a la tierra como espacio privilegiado. Nos referimos a la dinámica extractiva de contextos inmobiliarios urbanos (incluyendo las especulaciones informales), a los territorios virtuales de la “data mining” y el algoritmo y, de modo más fundamental a las economías populares cuya vitalidad es extraída a través de dispositivos de endeudamiento. A este desplazamiento de las fronteras de las zonas “extractivas” nos referimos con la noción de *extractivismo ampliado*.

Esta noción da cuenta de un doble movimiento. Por un lado, la multiplicación de referencias al lenguaje extractivo para definir tecnologías y procedimientos que convierten en “materia prima” elementos que se vuelven estratégicos para la operatoria privilegiada del capital. Por otro, esto evidencia la necesidad de conceptualizar el extractivismo más allá de un procedimiento técnico específico vinculado estrictamente a materias primas para hacerlo inteligible como *lógica de valorización*.

Al mismo tiempo, subrayando el papel de las finanzas este planteo abre una perspectiva novedosa sobre finanzas y producción. Ya no se trata de un argumento que habla de la hegemonía de las finanzas como sinónimo del fin de la producción, como se entiende a las finanzas cuando se las compara con el régimen de tipo industrial, sino que remarca su dimensión productiva específica. La espacialidad misma de la extracción no se limitaría bajo esta perspectiva a la multiplicación de “enclaves” (Ferguson), sino que estaría marcada por la conectividad entre espacios heterogéneos.

Como señalamos, el nexo entre extractivismo y finanzas es clave al menos por tres razones: 1) permite entender que el extractivismo de materias primas debe ser leído en relación a la valorización financiera; 2) permite extender la captura y la valorización financiera más allá de las materias primas; 3) habilita pensar la multiplicación de formas “extractivas” que se viabilizan por medio de la expansión de la norma financiera. La cualidad extractiva tiene que ver con: 1) explotar una cooperación social que las finanzas no producen ni organizan pero de la cual funcionan como comando exterior, siendo su dispositivo de captura y valorización y 2) obligarnos a re-examinar qué constituye hoy los múltiples “afueras” del capital (lo que desde un punto de vista implica discutir la noción de subsunción formal).

Lo que quiero remarcar es cómo *no* desacoplar la cuestión extractiva respecto de la reconfiguración de la cuestión obrera en sus metamorfosis y mutaciones contemporáneas (como señalamos como pista metodológica que viene también del archivo anti-colonial). La extracción en las economías populares se realiza sobre la fuerza de trabajo que no tiene estrictamente un horizonte de inclusión asalariada. Y en este sentido se conectan dos términos que frecuentemente quedan disociados: extracción y explotación (ambos términos se dividen en el modo en que se lee la dinámica de “acumulación por desposesión” como opuesta a la acumulación “por

explotación”). Poniendo de relieve la articulación de las finanzas con las economías populares, de la deuda y el consumo, y éstas con los subsidios estatales provenientes de la renta extraordinaria de los *commodities* estamos conectando el mapa que intersecta explotación de una clase obrera que ya no es exclusivamente asalariada con una modalidad extractiva que no sólo se aplica a los llamados recursos naturales y que redimensiona la noción misma de “territorio” y “frontera” de valorización.

La extracción deviene así una modalidad operativa del capital en la que la ampliación de los márgenes de valorización exige una colonización de nuevas áreas, sectores y formas de producción que exceden las formas productivas *coordinadas* por el mando del capital. Esto exhibe a las finanzas en su carácter productivo *en tanto* que extractivo. Es decir, no se trata de una especulación *ficticia* o de una *economía no real*, como se suele caracterizar desde el discurso industrialista para dar cuenta de una dinámica que no es inclusiva de mano de obra en términos asalariados. En este sentido decimos que la extracción se produce directamente sobre formas de la cooperación social, donde las finanzas se aterrizan, se arraigan y se insertan para plegarse sobre una vitalidad multiforme a la cual *explotan*. Las finanzas “tejen” así la relación entre el extractivismo “literal” (definido así por la relación constitutiva q tienen con la financiación de los proyectos mineros, hidroeléctricos, petroleros y con la manipulación de los precios de los *commodities*) y el extractivismo en sentido ampliado; por eso, exhiben la lógica *extractiva* en su sentido más directo. Esto es: como dinámica productora de valor que articula la tendencia a la abstracción permanente (la dimensión que subraya la idea de lo *ficticio* como utopía del capital), con las violencias del despojo múltiple (la dimensión que subraya la acumulación por desposesión y la privatización en general) y la generación de valor (la obligación a futuro de explotación sin la pauta exclusiva del salario).

Explotación y extracción conforman una secuencia que debe ser pensada en simultáneo. Al respecto, vale la pena notar el origen también mineral de la noción de explotación en Marx. Como lo señalan Mezzadra y Neilson (2019): “In the opening sentence of his entry on Ausbeutung (“exploitation”) for the Historisch-Kritisches Wörterbuch des Marxismus Johannes Berger (1994, 736) notes that “originally the word was meant to designate the extraction of mineral resources in ore, coal mines etc.” It is important to keep in mind this etymological link between

the concept of exploitation and the world of extraction. One can find several traces of this link in Marx's Capital, particularly where the "production of surplus value" is equated with the "extraction of surplus labor" (Marx 1977, 411)". No se trata solo de una coincidencia semántica, sino de la contemporaneidad violenta que acompaña ambos procesos.

Por eso, el segundo punto que es fundamental en esta noción de extractivismo ampliado es la violencia específica en la que se inscribe esta secuencia neoextractiva. Para retomar las palabras de Silvia Federici (2004): estamos en presencia de un momento de acumulación donde la violencia deviene una "fuerza productiva" de primer orden, justamente por la ampliación de las fronteras de valorización. Ampliación que, en términos neocoloniales, nunca es sin un modo de despojo, desposesión y relanzamiento de la explotación. Rita Segato (2016) habla al respecto de una nueva etapa, caracterizada ya no por la "colonialidad del poder", sino por la "dueñidad o señorío" (lordship: la concentración en un pequeño grupo de propietarios) de la tierra. Creemos necesario conectar estos enunciados con la cuestión de la ampliación del consumo, como dinámica que tensiona la apuesta democratizante de estas formas de construir gobernabilidad sobre la agenda popular.

La preocupación por la forma política del extractivismo en el sentido que lo hemos desarrollado aquí deja abierta la pregunta por el mando y por su aterrizaje territorial, por la reformulación del papel del estado y, aún más, por cómo pensar la relación entre extractivismo y violencia. La clave de un análisis feminista es la que está permitiendo hoy plantear la simultaneidad de estos planos del conflicto social. En dos sentidos muy precisos: porque deja entender cómo la extracción opera *sobre* (como captura y explotación) y *contra* (como jerarquización y privatización) la cooperación o composición social con niveles intensos de violencia y porque al dar las bases para pensar esa cooperación más allá de los binarismos jerarquizados entre trabajo remunerado/no remunerado, producción/reproducción, producción/consumo, hogar/mercado de trabajo, logra hacer un mapeo de la heterogeneidad contemporánea del trabajo vivo, de todxs aquellxs que persisten contra los despojos y la explotación.

Feminismo anti-neoliberal

La situación en Brasil frente al asesinato de la militante negra, lesbiana, Marielle Franco, ha llevado la pregunta más lejos: ¿cómo se está relanzando la acumulación neoliberal en alianza con el fascismo, es decir, con formas extremas de racismo, sexismo y clasismo?

El neoliberalismo necesita ahora aliarse con fuerzas conservadoras retrógradas porque la desestabilización de las autoridades patriarcales pone en riesgo la propia acumulación de capital. Diríamos así: el capital es extremadamente conciente de su articulación orgánica con el colonialismo y el patriarcado para reproducirse como relación de obediencia. Una vez que la fábrica y la familia heteropatriarcal (aun como imaginarios) no logran sostener disciplinas y una vez que el control securitario es desafiado por formas feministas de gestionar la interdependencia en épocas de precariedad existencial, la contraofensiva se redobra. Y vemos muy claramente por qué neoliberalismo y conservadurismo comparten objetivos estratégicos de *normalización*.

Por eso hay que introducir aquí otra “escena” que abre nuevas lecturas dinámicas del neoliberalismo. Me refiero al movimiento feminista que en los últimos años ha tomado las calles de modo masivo y radical y que ha desbordado los confines nacionales impulsando un movimiento verdaderamente internacionalista y cuyas resonancias fundamentales se anudan en América latina, o mejor: en Abya Yala, trazando nuevas temporalidades y geografías.

El movimiento feminista a partir de su multiplicidad (feminismos populares, villeros, indígenas, comunitarios, negros, queer, trans) ha desbloqueado una articulación por abajo de las conflictividades y de las luchas que la perspectiva estado céntrica de los populismos obstaculizó bajo el chantaje de que ciertos conflictos “benefician” a la derecha por involucrar una crítica al gobierno. Esto no es fácil: hoy el movimiento feminista se hace cargo de una multiplicidad de violencias articuladas e incrementadas que estallan en los cuerpos y en los hogares, en los territorios urbanos y rurales y en los lugares de trabajo, en las camas y en las fronteras. Y lo hace produciendo un diagnóstico feminista de esa conflictividad –que incluye despojos y femicidios, explotación y endeudamiento, racismos y desprecios– basado en luchas concretas, lo cual conecta y entrama el dolor de cada una con un cuerpo-territorio más amplio.

Porque el movimiento feminista politiza de manera nueva y radical la crisis de la reproducción social como crisis a la vez civilizatoria y de la estructura patriarcal de la sociedad, el impulso fascista que se pone en marcha para contrarrestarlo propone economías de la obediencia para canalizar la crisis. Sea por el lado de los fundamentalismos religiosos o por el lado de la construcción paranoica de un nuevo enemigo interno, lo que constatamos es el intento de aterrorizar a las fuerzas de desestabilización arraigadas en un feminismo que ha traspasado las fronteras y es capaz de producir código común entre luchas diversas.

El movimiento feminista, tomando además a las finanzas como un terreno de lucha contra el empobrecimiento generalizado, practica una contrapedagogía respecto de su violencia y sus fórmulas abstractas de explotación de los cuerpos y los territorios (Cavallero y Gago 2019).

Agregar la dimensión financiera a nuestras luchas –ahí donde moralidad y explotación se anudan– nos permite mapear los flujos de deuda y completar el mapa de la explotación en sus formas más dinámicas, versátiles y aparentemente “invisibles”. Entender cómo la deuda extrae valor de las economías domésticas, de las economías no asalariadas, de las economías consideradas históricamente no productivas, permite captar los dispositivos financieros como verdaderos mecanismos de colonización de la reproducción de la vida, de moralización de las existencias, de conducción de los modos de vida descatados del mandato de género. Y un punto más: entender la deuda como dispositivo privilegiado de blanqueamiento de flujos ilícitos y, por tanto, de conexión entre economías legales e ilegales como una manera de aumentar la violencia directa contra los territorios. Lo que se busca es justamente una “economía de la obediencia” que sirve a los sectores más concentrados del capital y a la caridad como despolitización del acceso a recursos.

Todo esto nos da, otra vez, una posibilidad más amplia y compleja de entender lo que diagnosticamos de la alianza del neoliberalismo con las fuerzas conservadoras que se expresa como violencias que toman a los cuerpos feminizados como nuevos territorios de conquista. Por eso es necesario animar la crítica al neoliberalismo con un gesto feminista sobre la maquinaria de la deuda –como dispositivo generalizado de explotación financiera–, porque es también

apuntar contra la maquinaria neoliberal de la culpabilización, sostenida por la moral heteropatriarcal y por la explotación de nuestras fuerzas vitales.

El movimiento feminista actual repone la clave anti-neoliberal como antagonismo. Por eso mismo reabre la dinámica que redefine el neoliberalismo “desde abajo” en términos de su confrontación cuerpo a cuerpo. A la razón neoliberal se le contrapone hoy a una potencia feminista (que es sensibilidad, modo de cálculo, estrategia y producción de sentido): es decir un modo de pensar, hacer, luchar y desear que desborda la opción impuesta entre ser víctimas o emprendedoras (ambas opciones de subjetivación del catálogo neoliberal). Por eso mismo, porque se mete en la trinchera cotidiana de disputa con el capital y con los modos renovados de explotación y extracción de valor, el movimiento feminista actual recibe una contra-ofensiva feroz: militar, financiera y religiosa. En esa lucha estamos precisamente ahora: no dejándonos expropiar por el neoliberalismo aliado con el fascismo unas dinámicas feministas que se hacen cargo desde abajo de abrir nuevas posibilidades vitales para todes.

Referencias:

Brown, Wendy (2015). *Undoing the demos. Neoliberalism's Stealth Revolution*. New York: Zone Books.

Brown, Wendy (2017). *Democracy Lecture*, organizada por ‘Blätter für deutsche und interationale Politik’, disponible en <http://www.eurozine.com/apocalyptic-populism/>

Cavallero, Luci y Gago, Verónica (2019). *Una lectura feminista de la deuda. ¡Vivas, libres y desendeudadas nos queremos!* Buenos Aires: Fundación Rosa Luxemburgo.

Chignola, Sandro (2018). *Foucault más allá de Foucault*. Buenos Aires: Cactus.

Cooper, Melinda (2017). *Family Values. Neoliberalism and new social conservatism*. New York: Zone Books.

Dardot y Laval (2013). *La nueva razón del mundo: Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa.

Duménil, G. y Lévy, D. (2004). *Capital Resurgent: Roots of the Neoliberal Revolution*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

Flew, Terry (2014): “Six theories about neoliberalism”, *Thesis Eleven*, Vol. 122(1), 49-71.

- Federici, Silvia (2004). *Caliban and the Witch*. New York: Autonomedia.
- Ferguson, James (2010). "The uses of neoliberalism", *Antipode*, Volume 41, Issues 1.
- Foucault, Michel [2004] (2006): *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel [2004] (2007): *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gago, Verónica (2014). *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires, Tinta Limón.
- Gago, Verónica (2018). "Extractivism". En *Handbook of Marxism*. London: Routledge (en prensa).
- Gago, V. y Mezzadra, S. (2017): "A Critique of the Extractive Operations of Capital: Toward an Expanded Concept of Extractivism", en *Rethinking Marxism: A Journal of Economics, Culture & Society*, 29(4): 574-591. London: Routledge/Taylor & Francis.
- Gago, Verónica y Roig, Alexandre (2019). "Las finanzas y las cosas", en *El imperio de las finanzas. Deuda y desigualdad*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Harvey, David (2005): *Brief history of neoliberalism*, Canada: Oxford University Press.
- J. K. Gibson-Graham (2006). *A Postcapitalist Politics*. Minnesota: U Minnesota.
- Klein, Naomi (2007). *The doctrine shock. The Rise of Disaster Capitalism*, Canadá: Random House.
- Laval, Christian y Dardot, Pierre (2013). *La nueva razón del mundo*. Barcelona: Gedisa.
- Mezzadra, Sandro y Neilson, Brett (2019). *The Politics of Operations*. NC: Duke University Press.
- Mirowski, Philip y Dieter Plehwe (2009). *The Road from Mont Pèlerin*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Negri, Toni (2019). *Marx y Foucault*. Buenos Aires: Cactus.
- Peck, Jamie and Theodore, Nik (2019). "Still Neoliberalism?", *South Atlantic Quarterly* (2019) 118 (2): 245-265. Duke University Press.
- Rolnik, Suely (2019). *Esferas de la insurrección*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Segato, Rita

